

RENOVACION

ÓRGANO DE LA FEDERACIÓN DE
JUVENTUDES SOCIALISTAS DE ESPAÑA

Defraudar al pueblo

He ahí el peligro, del que deben huir este como sucesivos Gobiernos. Defraudar al pueblo. El pueblo, que conoce y se da cuenta de su poder, que otorgó confianza sin límites a los hombres del Gobierno «revolucionario», empieza a ver defraudadas sus ambiciones. Los jóvenes socialistas, que vivimos en la calle, junto al pueblo, sabemos que así piensan quienes no toleran que la República sea tan sólo un alegre festejo como los que nos anuncia nuestro popular alcalde. El pueblo estaba ansioso. Sentía una legítima ambición. No pretendemos nosotros, porque por lo mismo que sabemos exigir nos damos cuenta de la responsabilidad que contraemos, que el Gobierno actual lo hubiera resuelto todo. Pero su acción pudiera haber sido más rápida. Un día republicano es mucho más que un año de monarquía. No hay peligro de que a este Gobierno se le juzgue como una dictadura desde el momento en que someterá su actuación a las Cortes. Cuando en un estado no hay leyes, no hay derecho constituido, el pueblo es quien se da a sí mismo la legislación que requiere. Y el pueblo, que ve que por exceso de pruritos legalistas no se llega a donde cree que está la solución de los problemas que atentan a España, ha sentido en estos momentos desesperanza ante la República.

No, ciudadanos. No resolveremos este problema con pesimismo. Ahora es cuando tenemos que luchar, recordando que la República por sí sola—y esto lo dijo nuestro Pablo Iglesias y lo hemos venido repitiendo nosotros, sus discípulos, arrojando injurias y calumnias de elementos republicanos—no es nada más que un cambio de nombre, no es todavía la expresión del pueblo, porque hace falta ir más allá, y esto lo logramos con una actuación tenaz y decidida. El pueblo reaccionará. Estamos seguros de ello. Nosotros iremos ahora a mantener latente en las aldeas y en las ciudades la semilla de inquietud rebelde. Pero piensen quienes desde las alturas del Poder se han alejado por unos momentos del sentir del pueblo español que si el peligro de la monarquía estaba en divorciarse del pueblo, el peligro de la República está en defraudar al pueblo. No porque contribuya a destruir la obra republicana para favorecer una restauración. Eso, jamás. La monarquía está bien muerta entre nosotros. Pero dará paso a que formen en la oposición todos los hombres de buena voluntad que conocemos el espíritu popular, y que sabemos que todos, jóvenes y viejos, a él nos debemos como el único legítimo vasallaje. No defrauden al pueblo los hombres de la República. Que no pueda darse entre nosotros el caso de que, mientras partidos de recio abuelo republicano, como el federal, tengan que ir a las próximas Cortes a luchar por las minorías en la oposición, hombres venidos del campo de la monarquía, hombres de vieja historia caciquil y representantes del régimen vencido, al advenir al campo republicano, pasen directamente, sin lazareto provisional, a ocupar altos puestos y jefaturas para organizar la coalición electoral.

Los jóvenes socialistas no queremos unión con estos elementos. Queremos hacerlo patente a los hombres del Gobierno. Somos los jóvenes del pueblo, nacidos del pueblo y servidores del pueblo, que es nuestro mejor título y la única vez que se honra la palabra *servidor*. Y para beneficio de todos, que la República no cometa el error, que en ella sería imperdonable, de alejarse del pueblo. Desciendan a la calle los hombres del Gobierno. Recojan nuestro latir. Y convézanse de que, si en España había mucho antidinastismo y escaso sentir republicano, el pueblo, fuente de todos los mandatos, generador de esta República por su sola imponente voluntad, quiere que, para definir nuestra postura, haya lucha si ella es precisa, pero no coincidencia en la que se entregue la pureza inmaculada de la idea matriz del Socialismo en manos de quienes sólo han sabido escarnecerla con su incomprensión.

DERECHA, NO

Es legítimo destacar aquí, como jóvenes que hemos pulsado la conciencia del pueblo y que sabemos cuál es su pensar y de qué modo reacciona ante los hechos que se le ofrecen, que la política de derechas que se inicia intentando organizar las huestes de un partido nutriéndolo de reaccionarios y de monárquicos, ni nos satisface ni nos satisfará nunca.

La derecha y la izquierda son líneas paralelas, y pese a todos los esfuerzos no llegarán a encontrarse nunca. Con la derecha estuvo la monarquía, por la simplicísima razón de que estaba en un divorcio indudable y expresivo con el pueblo. Con la derecha no puede estar la República, porque debe su nacimiento al pueblo; y la República, que es hija nuestra, no puede mostrar ingratitud o incomprensión frente a quienes le han dado el ser. No queremos República de derechas. Ni en la teoría ni en la táctica. En la teoría, porque los hechos de la Historia que prueban las reacciones de los pueblos han sido hasta aquí lo suficientemente elocuentes. República conservadora es la francesa, y en ella no se ha podido celebrar este año la manifestación del Primero de Mayo, la prueba de la organización y el espíritu revolucionario de los trabajadores. República conservadora es la francesa, y en ella las últimas elecciones presidenciales acaban de probar que es aún tan fuerte la presión de los viejos, pero poderosos, tentáculos de la monarquía, que los sufragios del pueblo conceden la presidencia a Doumer, el representante de la reacción, de la política de guerra, del militarismo, de la lucha entre las naciones, frente a la de Briand, el político internacional que más ha luchado por el triunfo de la paz en el mundo, siquiera su labor sea en algunos momentos formulista y sin calor de reivindicación popular.

No queremos República conservadora en la teoría. Adelantamos aquí que si a las Cortes próximas fuera una mayoría de diputados que decidieran el triunfo de una República de esta naturaleza, España estaría en el principio de sus elementales reivindicaciones; España, con su pueblo generoso, tendría que oponerse a esa República, porque ella sería de derecha y el pueblo estaría en la izquierda. Castelar decía, y éste es uno de los argumentos que más han empleado los defensores de la tesis conservadora, que tienen dos caras para dar dos opiniones distintas: «Vuestra República será la fórmula de esta generación si acertáis a hacerla conservadora. Nuestra monarquía será la fórmula de esta generación si acertamos a hacerla democrática.» Pero ha pasado ya aquella generación a la que podían convencer tan equívocas frases. Ya ni D. Melquíades, el paladín de la democratización de la monarquía, cree posible la subsistencia de un régimen de esta naturaleza, reñido con las mínimas aspiraciones del pueblo. Y si para Castelar, como para muchos republicanos de nuevo cuño, es igual una monarquía que una

República en lo substantivo, con tal de adjetivarlas de diferente modo, nosotros, jóvenes socialistas, que miramos al porvenir con esperanza, pero con inquieta preocupación por la responsabilidad que nos incumbe, habremos de decir a unos y otros con sincera decisión: ¡Ni monarquía democrática ni República conservadora!

Hemos de evitar que en lo sucesivo se desatienda el espíritu del pueblo. La República ha venido para respetarlo y obedecerlo. Y si hay hombres que, teniendo un concepto tan absurdo de lo que es un partido político—como el actual ministro de la Gobernación—, se atreven a afirmar que ellos, los fundadores, los iniciadores, los que se han otorgado a sí mismos la investidura de jefes, son más legítimamente expresión de la voluntad de sus afiliados que los Comités municipales y locales, fruto directo de la votación de aquellos que en los partidos, sea cual fuere su ideología, representan el pueblo en uno de sus sectores, nosotros lamentaremos tener que decir que con ese criterio nos explicamos perfectamente la República conservadora. Quiere hacerse subsistir el feudalismo y el mesianismo. Quiere violarse la voluntad popular, el sentido de orientación que quiere imprimir la masa de un partido que es en definitiva, y esto no debe olvidarlo el Sr. Maura, la única que manda y a la que corresponde obedecer.

República como la que anuncian sin rebozo, recogiendo los elementos «sanos» del régimen caído—el ejemplo de «sanidad» del Sr. Chapaprieta es convincente—, afirmando que la voz autorizada del partido no la tienen los hombres que son los únicos que en definitiva ha elegido el partido reunido en secciones municipales o locales, no la queremos los jóvenes socialistas. Lucharemos contra ella. Porque representa la subsistencia del odioso mesianismo de los viejos partidos españoles. Porque es República que nace enquistada en una monarquía y arrastrando tras sí el enorme lastre de la podredumbre del viejo régimen. Porque es dejar subsistentes los viejos tentáculos de la sociedad, que al situarse a la derecha lo hacen porque no vacilan en probar su oposición frente a los anhelos del pueblo.

¡Jóvenes socialistas! ¡República conservadora, no! Ni por la ideología ni por la táctica. Es el retoño de una monarquía sin corona, que dificultará en lo sucesivo la labor del pueblo trabajador si éste no sabe reaccionar virilmente, ahora que aún es tiempo, y no contesta, dando su voto a los hombres de izquierda, a la provocación que supone el mantener una orientación de derecha, sabiendo, porque esto no se ignora, que el pueblo está en la izquierda, manteniendo latente el mismo divorcio que causó en definitiva la desaparición de la monarquía en España.

Comprensión

Se nos ha dicho que esta República habrá de ser respetuosa con el pueblo. Y sus hombres habrán de cumplir este mandato imperioso de la democracia. Si las solicitudes de ese pueblo son absurdas o irrealizables, no es suya la culpa, sino de Gobiernos y regímenes anteriores que, mostrando ante ellos esa misma impenetrable hosquedad, abandonáronles en su ignorancia y en su desventura.

Bien está que la información política de los ministerios se haga ampliamente; pero sin entorpecimientos diarios en la vida del ministro, o del gobernador, o del alcalde, o del concejal, que se deben a su trabajo. Mejor estaría aún que los buenos y entusiastas amigos de los señores antedichos, esos que son siempre amablemente recibidos, y para los que hay una palmadita en el hombro y una sonrisa cordial, desaparecieran de las antenas y despachos públicos. Pero eliminar de ellos al pueblo que pide, al pueblo que va a exponer sus necesidades, al pueblo que va a actuar sobre el Gobierno y sus órganos para plantearle sus problemas, eso es injusto.

Un régimen legítimamente democrático no debe confiarlo todo a la competencia de sus hombres, por muy extraordinaria que ésta sea. Necesitan sentirse oreados por el aliento popular, que no es sólo expresión de cordialidad, sino presentación de problemas. En todas, hasta en las más descabelladas peticiones, hay una inquietud latente, la que prueba una necesidad, siquiera su solución no sea la más adecuada. Los ministros, los miembros todos del Poder, deben recoger, ampliando, todas estas peticiones del pueblo trabajador. Pero es más: deben recogerlas aceptando las molestias inherentes a los cargos que desempeñan con una sonrisa de amable cordialidad en los labios. Exactamente igual que si se tratara de un excelente amigo, que buenos amigos son los trabajadores de quienes los comprenden y aprecian. Lo que no debe darse en lo sucesivo es el caso de que, con anterioridad a las elecciones, exactamente igual que los políticos monárquicos de más vieja cepa, todos aparecieran unidos en entrañables abrazos con aquellos que se acercaban a saludarles o a exponerles una petición o un deseo, y que, apenas en las alturas del Poder, se acepten tan sólo las ventajas del cargo y se pretenda eliminar sus molestias no sólo recibiendo con hosquedad a los proletarios, sino exponiendo a pública chacota en informaciones o intervenciones sus proposiciones o actitudes. En lo futuro, los electores habrán de tener en cuenta en las personas de los elegidos su grado de desinterés y de sincera cooperación con el pueblo. Porque ¿no serán estos hechos que apuntamos primeros defectos visibles de la República burguesa? Miremos y reflexionemos bien. Es preciso que llegue una era en que el pueblo entre a los ministerios, a los Gobiernos, a los Ayuntamientos, no como una concesión para ver en audiencia a sus representantes, sino como un derecho a proponer y a fiscalizar. Eso sólo lo lograremos el día en que hayamos obtenido el triunfo de la República socialista. Pero entre tanto, téngase respecto del pueblo una actitud de respeto, ya que no pueda ser de cordialidad. Es lo mínimo a que tienen derecho estos proletarios que, doloridos y un tanto humillados, consumen en lo más íntimo de su corazón el resquemor de la incomprensión sufrida.

Pedimos a todos los gobernantes un poco de comprensión. Es justicia que exige el pueblo trabajador. Al pueblo español hay que aceptarle como es, inculto o incorrecto, pero grande, generoso de sentimientos y de ideas. No olviden los hombres que del pueblo han salido que sin el pueblo no tendrían existencia, y vuelvan a su regazo generoso. Tengan en cuenta que el pueblo está con nosotros, y que al dirigirnos la mirada, no lo hacen en aras de una condescendencia, sino como justo tributo a quienes han sido como ellos, y como ellos siguen siendo, ante todo, trabajadores.

Saludo de la Internacional a la juventud española

La juventud socialista española ha contribuido en gran parte a la victoria de los republicanos en España, pues ha trabajado activamente por medio de la propaganda oral y de la prensa para la realización de este fin.

El secretario de la Internacional de la Juventud Socialista ha dirigido un saludo a los camaradas españoles en estos términos:

«Con una gran alegría hemos recibido los acontecimientos acaecidos en vuestro país, y con ocasión de la victoria de la República, tenemos que transmitir las felicitaciones más cordiales de nuestra Internacional. Esperamos que el movimiento obrero socialista y el de la juventud socialista trabajarán por llevar más cerca de su fin nuestras ideas socialistas sobre la base del nuevo Estado. Podéis estar convencidos de que en vuestra lucha por la democracia y el Socialismo contaréis siempre con la entera simpatía y el apoyo ilimitado de la joven generación del movimiento socialista reunido en la Internacional de la Juventud Socialista. No dudamos de que la juventud socialista de España, que se ha batido con coraje contra la dictadura, formará igualmente, en las nuevas condiciones, una fuerza escogida del movimiento internacional de la juventud socialista.»



TAMBIÉN ÉSTE SE HACE REPUBLICANO



Movimiento juvenil

Acto en conmemoración de la "Commune"

Organizado por la Juventud Socialista Madrileña, se celebró un mitin el día 26, en el teatro de la Casa del Pueblo, para conmemorar el aniversario de la "Commune" de París.

En él tomaron parte los camaradas Juan Simeón Vidarte, por la Juventud Socialista Madrileña; Antonio Cabrera, por la Federación Nacional de Juventudes; Rodolfo Llopis, por el Partido Socialista, y Felipe Ronda, que presidió.

Estos compañeros compararon, en elocuentes discursos, la época de la "Commune" con la situación política actual de España. Sacaron de ello todas las enseñanzas que encierra, excitando el celo de los trabajadores, y especialmente de los jóvenes socialistas, para que nos aprestemos a defender la República, evitando caer en los errores en que cayó la "Commune", ya que por ella sabemos cuáles son los obstáculos que se oponen a su desarrollo y a su consolidación.

Todos los oradores fueron aplaudidos al terminar sus discursos, así como en algunos párrafos brillantes en el transcurso de su peroración.

Cerraron el acto los Coros Socialistas, que tan acertadamente dirige el maestro Dafaue, cantando «La Internacional», que tuvo que ser repetida ante los insistentes aplausos del público.

En resumen, un acto excelente de propaganda socialista.

A la salida se recaudaron pesetas para el fondo juvenil de propaganda que tiene abierto la Juventud Socialista.

De Játiba.—La Juventud Socialista está realizando una intensa propaganda, y ha editado un acertado manifiesto anunciando la celebración de una conferencia semanal.

De Villarrobledo.—Con el mayor entusiasmo se ha constituido la Juventud Socialista. La nueva Sección cuenta con cincuenta afiliados.

De Oviedo.—La Juventud Socialista de Oviedo ha organizado la Fiesta de la Flor Roja. La recaudación ha sido de 1.668,70 pesetas. Pagados los gastos de la organización de la

velada del Primero de Mayo y de la profunda propaganda llevada a efecto por la Juventud Socialista el día de la Fiesta del Trabajo, la cantidad sobrante ha sido invertida de la siguiente manera:

A «El Socialista», 333 pesetas; a «Aurora Social», 333, y a RENOVACION, 333.

Que conste aquí el agradecimiento de la Federación Nacional por tan generoso rasgo. La actividad de la Juventud Socialista de Oviedo debe servir de ejemplo a todas las Secciones.

De Palencia.—El Comité de la Juventud Socialista de Palencia ha quedado constituido de la siguiente forma:

Presidente, Julio Hernández; vicepresidente, Arcadio Martín; secretario, Abundio Sánchez; tesorero, Gregorio Ordas; vocales: Gerardo Antón y Julián Casas.

Esta Juventud ha organizado, con el mayor éxito, un mitin público, en el cual tomaron parte los camaradas Germinal Cortés, Julio Hernández, Cándido Guerrero y Nicolás Morate.

Presidió el mitin Julián Casas. Todos los oradores fueron muy aplaudidos por el numeroso público que llenaba el local, y se recibieron muchas adhesiones.

De Valdepeñas.—Después del acto de propaganda celebrado en la Casa del Pueblo por el compañero Antonio Cabrera, ha quedado constituida la Juventud Socialista, registrándose en la misma noche sesenta y siete altas.

De Herencia.—La Juventud Socialista ha quedado constituida en Herencia, con más de cien afiliados.

De Campillos (Málaga).—Ha quedado constituida la Juventud Socialista, y esta nueva entidad se propone dar próximamente un acto de propaganda, de acuerdo con la Federación Nacional.

De Almansa.—La Juventud Socialista, en plena actividad, prepara actos de propaganda en los siguientes pueblos: Chinchilla, Fuente de la Higuera, Madrugueras, Tarazona, Bote y Ayora.

SIGNOS

LO QUE NOS HA LEGADO LA MONARQUÍA

Hay problemas, en la actualidad, en nuestro país a los que no se les concede toda la atención que merecen; pero que nosotros—los socialistas—los creamos de sumo interés.

Nos referimos a la herencia que han dejado al pueblo—a los Ayuntamientos de toda España—los Gobiernos de hecho de la extinguida monarquía.

Nuestros compañeros los municipios de provincias, entre otros problemas de no menor importancia y pesada carga, se han encontrado los Municipios, al hacerse cargo de ellos, completamente deshechos, pero absolutamente destruidos en todos los órdenes: administrativa y políticamente. ¡Nadie se puede dar una idea de cómo se encuentran! ¡No hemos visto jamás cosa igual de descomposición! Causa sonrojo visitar a muchos de los pueblos del país, pues no hay localidad que marchara o se encontrara su Ayuntamiento en un estado regular. Todo en ellos es anarquía—era antes del 14 de abril un desbarajuste—, lo que significa que los Concejos de la época de la monarquía eran el exacto reflejo de la figura triste y déspota de Alfonso XIII y sus Gobiernos de rúbulas. Esto es, malísima administración—¡pésima e infame!—la que hacían los municipios monárquicos.

Nosotros hemos visto en algunos pueblos cosas extraordinarias, por lo absurdas. ¡Nos sonrojábamos en presencia de aquellos hechos que te-

níamos a la vista! ¿Puede ser esto?, nos preguntábamos. Sí que lo era. ¡Ya lo creo!

Para muestra se dice que basta con un botón, aunque nosotros podríamos ocuparnos en estas columnas de toda una botonadura. ¡Y qué botonadura, jóvenes socialistas y lectores!

Hemos visitado, entre otros pueblos galaicos, Barco de Valdeorras. Hemos estado en su Ayuntamiento. Aquello no es un Ayuntamiento; por el contrario, aquello es una porquería inmundada. No se puede nadie dar una pequeña idea del estado en que se encuentra el Ayuntamiento referido—el pueblo es hermoso y rico—, cosa que no dice nada halagüeño para los habitantes adinerados de la expresada y desgraciada ciudad, ya que debieran estar abochornados con presentar al viajero paraje tal, pues aquella casa-ayuntamiento no merece otro calificativo más benigno.

No señalamos más casos. ¿Para qué?

Esta ha sido una de las herencias—¡hay tantas!—que nos ha dejado a los españoles el perjujo Alfonso de Borbón, herencia que por sí sola es suficiente para execrar eternamente su nombre y para que jamás vuelva a pisar tierra española el último de los Borbones y el que ha sido más funesto de ellos.

F. MOYA GUIJARRO

MUY IMPORTANTE

Son bastantes las Juventudes Socialistas que han manifestado su imposibilidad de celebrar como quisieran la decena de propaganda por hallarse entregadas al trabajo electoral.

Teniendo en cuenta estas indicaciones, la Comisión ejecutiva ha acordado no suspender los actos ya anunciados, pero sí aplazar la intensa labor y el envío de material preparado, para cuando nos veamos un poco descargados del trabajo abrumador de estos días.

Sirvan estas líneas de advertencia a las Secciones.

LA COMISION EJECUTIVA



Orientaciones. - ¡Por el Socialismo!

El Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores, organismos que ninguno otro supera, sea cualquiera el matiz político que abrigue, han dado todo lo que podían dar porque la República en España fuese un hecho, cooperando de manera muy eficaz a la derrocamiento del abyecto y desaparecido régimen monárquico, prostituto de conciencias, brutal en su poder por el absolutismo de un rey déspota y demagogo en las formas de gobierno... Nuestros organismos nacionales jamás habían podido desarrollar su programa dentro de la libertad a que se tiene derecho cuando se va a exponer una idea. La opresión ejercida por el ex rey contra el pueblo impedía toda campaña que tendiese a hacer ver a las masas la iniquidad que representaba la continuidad en el Poder de un régimen que, cual el ido, no representaba más que la ignominia del poder personal del ex rey y su jauría...

Disfrutábamos en ciertos períodos de tiempo de una libertad muy aparente, con visos democráticos; pero que, llegado el momento, convertíase en la más grande opresión. Se nos concedía la libertad de prensa; pero cuando en las columnas de un periódico se vertían conceptos no del agrado del ex rey, era denunciado, recogido, detenido el director, multado el periódico... Se concedía la libertad de expresión en la tribuna pública, y cuando el orador vertía igualmente conceptos contra el régimen monárquico, era encarcelado, multado o perseguido vilmente... Esa era, y no otra, la libertad que nos concedían los magnates de aquel régimen que llevó a España al descrédito político.

Hoy, sin embargo, merced a una lucha plébrica de perseverancia, hace instaurado la República, régimen en el que podremos exponer con entera libertad y diafanidad nuestras ideas y haremos valer nuestra inviolable personalidad de hombres que actuamos en el terreno de la lucha de clases. Podremos con entera libertad censurar o elogiar la labor del Gobierno que sea; podremos hacer llegar a las conciencias ciudadanas las obras que aspire a realizar el Partido Socialista, al unísono de la Unión General de Trabajadores, para llegar, por medio de la persuasión, a la emancipación total del proletariado, aboliendo todos los privilegios que sostiene el régimen burgués.

Pero para hacer esto necesitamos los socialistas, especialmente los jóvenes, luchar y trabajar con más ardor, con más entusiasmo, por nuestras ideas; con el cariño de un hijo a su madre debemos defender y propagar el Socialismo, infiltrándolo en lo más hondo de las conciencias. Tenemos que disponernos a esto, y no dudamos que la Federación de Juventudes socialistas sabrá encausar el problema y emprenderá esta ardua labor, que complete de manera muy especial a ella.

El régimen monárquico no nos dejó decir ni hacer nada; limitaba la acción de nuestros hombres luchando por las ideas, ahogaba toda exteriorización de disgusto de la clase proletaria en su lucha por la consecución de sus reivindicaciones. El régimen republicano nos ofrecerá todo lo contrario: la libertad para expresarnos ante el pueblo como hombres de ideas socialistas que en lucha titánica caminan, incansables, en pos de la redención del proletariado, del ideal más sublime.

Benavente dijo: «El mundo será socialista o no será nada.» Alomar dijo: «El porvenir de España es el Socialismo.» Están en lo cierto estas dos ilustres figuras. Pero ello no llegará a ser una realidad si no nos disponemos todos a saber hacerlo, a saber hacer el «mundo socialista», a saber hacer del Socialismo el porvenir de España.

Sócrates GOMEZ

TÓPICOS.-EL AMO

Todavía se trabaja para el amo. El proletariado campesino, ignorante aún en su sometimiento semifeudal, adora y respeta al amo. Piensa como quiere el amo, trabaja como le ordena el amo y vive como el amo le exige que viva.

Cuando recorremos las tierras donde el obrero del campo produce el sustento y observamos la sumisión más absoluta hacia el amo, que señala el arriero o el jornal, que aumenta o disminuye los días de trabajo, que impone la sindicación de tipo fascista o que reclama, sin más que un gesto, el sufragio incondicional para sí o los suyos, la indignación nos sube al rostro. Porque no hay otro amo que la Naturaleza en su generación constante. El que paga no es el amo. Es el burgués o el capitalista que entrega una parte del producto del trabajo realizado por el campesino. Entre el amo y el criado no existe otra relación que la del trabajo.

Es un contrato tácito y provisional en el que el amo, amparado por la fuerza que le da el poder político del capitalismo, se queda con la parte del león. El amo reduce el salario para tener sometidos al jornalero y a su familia; se vale del cura para influir religiosamente sobre el espíritu inculco y temeroso del criado. Se vale de la justicia local para sofocar cualquier intento de rebeldía. Por eso, el amo es un buen burgués que no interviene en política. El cumple con su misión manteniendo a las familias de los proletarios y pensionando, familiarmente también, a los ejecutores del poder legal.

No hay amo. No hay más que el capitalismo histórico, entroncado en el caciquismo tradicional, gracias al sudor de los trabajadores. No hay criados. No hay más que unos productores ignorantes manteniendo perpetuamente los privilegios de clase.

El amo es el reflejo del capitalismo en sus diferentes manifestaciones. El criado, la fuerza desorganizada del trabajo. El día que esta falange numerosa, perfectamente organizada, conquiste el poder político, destruirá la esclavitud económica a que la tiene sometido el amo. Entonces el productor tendrá un guía, no un amo: el Estado proletario, y un cuerpo de control: el Sindicato.

Trabajad por construir vuestros Sindicatos para llegar a forjar vuestro Estado.

Sobre el miedo a una reacción

Ya se ha extinguido el incendio y disipado el humo; la jornada, como todo lo que se ve de lejos, puede ser apreciada en su conjunto. Y, no obstante esta suma de circunstancias sobre que asentar acerca de ella un criterio acertado, no faltan quienes, con evidente frivolidad de juicio o mucha cobardía o «política» en el alma, la siguen calificando de lamentable, tan sólo de lamentable.

Por lo visto, el plazo transcurrido es aún insuficiente para percibir las consecuencias de alto valor social que han de producir los sucesos acaecidos en los días 10 y 11, o bien es que sus efectos inmediatos ocultan los futuros, que tal vez ya se están iniciando. Sólo así se explica el pánico que en determinados sectores de opinión ha producido el ver reaccionar a las derechas ante la quema de los conventos. Parece que temen perder su voto. Pero ¿es que los republicanos que querían dar a la República un contenido social soñaban aún con retenersele gratuitamente? No comprendo cómo puede haber quien guarde en la mente un tan alto e ingenuo optimismo. El voto de las derechas no ha sido nunca para una u otra forma de gobierno; ha sido, y será para los del «no pueblo», para los que las defienden de él, para los que salvaguardan un orden centenario, a su vez, de «delicados» privilegios.

El habérselo otorgado el día 12 de abril a una fuerza integrada por socialistas constituye, en su historia política, una excepción; pero no una excepción gratuita, sino instintiva y aun lógica dentro de su credo. En efecto, por aquellos días los representantes del «no pueblo» habían perdido de tal forma el tino en el ejercicio de las funciones encomendadas por la burguesía, que ésta temió, no sin razón, una explosión violenta de las masas obreras en días no muy lejanos, y para atajarla, dió su voto al futuro régimen, con la secreta esperanza de apoderarse de él una vez instaurado.

Puede, para colocarnos en todas las hipótesis, a fuer de comprensivos, que aquella secreta esperanza lo fuera hasta el extremo de no ser plenamente conocida ni por ellos mismos; que cuando se tiene la inteligencia en el estómago, a cualquier interés o apetito bastado, y muy de buena fe, se puede denominar hambreade de justicia, sin que por ello, naturalmente, se despieste el instinto de clase, que siempre y en todo caso

sabe ir arrollando la vana palabrería allí donde hay una fuerza que convertir en estado de derecho... «de su derecho». Y claro está que cuando esto no ocurre porque alguien, saliéndoles al paso, impide o, cuando menos, obstaculiza la conquista o conversión del Estado en Estado de clase, la reacción se manifiesta con uno u otro pretexto, y de tal forma que no hay habilidad política que acierte a impedirlo. En estos casos, el dilema que se presenta a las sociedades a quienes amenaza tan serio peligro es éste: o claudicar, entregándoles el Poder; con pacto o sin él de humanizar las condiciones de vida de los que a partir de entonces serán sus gobernadores, o hacer, sin contemplaciones, uso de su fuerza para imponerles una obra de menos caridad y más justicia, la que, desde luego, fatalmente provocaría la reacción.

Pues bien: a mi juicio, el pueblo, en los días 10 y 11, no ha hecho otra cosa que advertir el dilema e inclinarse hacia uno de sus extremos; el segundo. Quiere obra social; no le basta que le mejoren las condiciones de existencia; su afán es hondamente renovador; repudia todas las viejas instituciones sobre que se asentaba el régimen caído, desde las jurídicas, comprensivas de esa chusca legalidad que permitió ayer asesinar a unos hombres y hoy absuelve al asesino, hasta el instituto Iglesia, causante destacado de su envilecimiento.

Podrá discutirse si el medio de manifestarse fué o no el más acertado, el único posible; yo, desde luego, me inclino a estimar que se pudieron hallar otros. Me inclino, no lo afirmo, porque no doy por muy seguro que no fuera debida la quema, de ser él quien quemó, a un acto reflejo, movido por un recuerdo subconsciente de la Inquisición. Pero sí el medio pudo ser o no acertado, el fin era no ya conveniente, sino preciso. El pueblo necesariamente se debía manifestar..., ¡bueno!, contra

todo lo que se manifestó, si quería salvarse y salvar «su» República de una de esas reacciones mansas, solapadas y hábiles que, vistiéndose de toga y cacareando humanitarismo, vienen a matar todo afán revolucionario, o a intentarlo, cuando menos, que es el caso, y valga este parentesis, del Vaticano, hoy, después de lanzada esa encíclica, más traidor aún que ayer a las clases humildes, como será advertido por todos aquellos socialistas que, en un ocio, reflexionen sobre las promesas con que se nos invita a volver a la fila de los mansos. Y he aquí cómo, sin pensarlo, acabamos de descubrir otra consecuencia saludable de la jornada del 11: el pueblo ha dado su contestación a ese documento antes de ser publicado. ¡Notabilísima intuición! del pueblo!

Pero volviendo a lo que nos ocupa, que de la encíclica ya tendremos ocasión de hablar otro día, repito que no se me oculta que lo acaecido, como medio de evitar una reacción, pudo haber provocado otra, de la cual no hubiera sido posible salir sin sangre; pero aparte de que, puestos a sufrirla, yo no sé cuál es peor, si esta que, a fuerza de ser cínica, subleva o levanta, o aquella otra que duerme y envilece; aparte esto, insisto, lo que hace precisamente que los sucesos acaecidos hayan sido algo más que lamentables fué la difícil ponderación con que hubo que proceder para impedir ambos extremos. En efecto, ni se mostró cobarde o remiso en la defensa de la República contra determinados elementos, ni perdió la serenidad. Se puso en pie ante la provocación, recogió el reto y respondió a él sólo en lo que estimó preciso, como es buena prueba que no se le pueda imputar colectivamente actos de pillaje o atentados contra las personas. Y un pueblo que así procede en los momentos en que se le cree más excitado tiene derecho a que se gobierne para él y sólo para él.

José María SERRANO

UN PUESTO, UN HOMBRE.—Que lo piensen los compañeros al designar los candidatos a Cortes.

No se puede ser a la vez «completamente» alcalde, concejal, diputado y directivo de organización, porque los días no tienen más de veinticuatro horas, aun para los hombres más activos, aun para los cerebros mejor organizados.

RECUERDO

Los días que han transcurrido a partir del movimiento de diciembre han creado en torno a dos hombres, Galán y García Hernández, una atmósfera que no sólo tuvo su expresión en el sincero dolor y la adhesión cordial de millares de españoles, sino que se plasmó en una reparación pecuniaria a las familias de las víctimas de Jaca.

No sería ésta hora de depurar la responsabilidad por ellos contraída al adelantar un movimiento, comprometiendo la República naciente y la vida y la libertad de muchos ciudadanos disciplinados y conscientes, porque no se nos tachara de derrotistas o injustos difamadores, si no fuera útil recordar, ahora que las Cortes próximas han de estudiar los orígenes y desarrollo del movimiento y rendir un último y definitivo homenaje a los dos capitanes, que la salida de Jaca hubo de costarnos a la Unión General de Trabajadores y al Partido Socialista dieciséis muertos y noventa y cuatro heridos, por no hablar de los perseguidos, emigrados para los que no hubo reportajes ni informaciones, pobres emigrados que salvaron como pudieron las fronteras y fueron a vivir miserablemente, obscuramente, en las aldeas, por no poder llegar a las capitales donde se albergaban los más afortunados, que hasta en esto, para desventura nuestra, hay clases.

Ya hemos entregado a las familias de Galán y García Hernández el importe de las diversas suscripciones, que ascienden a una respetable suma. Creemos que nada podrá reparar la pérdida sufrida, y no estimamos que esta reparación, por muy cuantiosa que fuera, borre de los corazones el recuerdo de los seres queridos. No es esto una protesta; es un toque de atención, un recuerdo para los dieciséis muertos que ha sufrido la Unión General de Trabajadores. Dieciséis hombres han sido baja, dejando vacíos sus puestos en el frente de las ideas, que nuevos luchadores, jóvenes y pujantes, ocuparán. Pero en torno a esos dieciséis hombres hay

H.

ENSEÑANZAS

La misión de la Juventud ante los momentos actuales

Son los momentos que atravesamos de tanta trascendencia, son tan graves, que no acertaríamos si dijésemos lo que va a pasar. A pesar de todo, somos optimistas. Lo que sí podemos decir es que de lo que pase somos responsables, en su mayoría, los jóvenes. Nosotros, los de veinte a treinta y cinco años, seremos los responsables ante la derrota; y nosotros somos los que en la victoria tenemos que responder, con la realidad de los hechos, de las doctrinas que hemos preconizado y preconizamos constantemente. He aquí ante los acontecimientos que se encuentra la juventud, y principalmente la juventud socialista.

Y digo esto porque en las filas de las Juventudes republicanas hay muchos jóvenes que tienen que venir a nuestras filas a hacerse responsables de la causa socialista. No es que fueran engañados, es que no sabían los grados que tenían de rebeldía; pero ha llegado el momento de pulsar el espíritu, y hoy, por lo pronto, «quieran ser socialistas».

El joven republicano de ayer es ferviente socialista de hoy. Como se han dado también casos de que algunos fervientes «viejos socialistas» de ayer sean hoy republicanos burgueses. Y no es lo grave esto; lo más grave es que siguen «figurando» en nuestras filas.

Esta es cuestión que merece artículo aparte.

Entre las misiones que tiene la juventud socialista figura la de defender la República.

Peró nuestra misión es hacer educación social. Por eso nosotros, a la vez que somos alumnos, somos también profesores. Por ello, los que mañana seremos los mayores enemigos

de la República—aunque aún no sabemos de qué República, porque el pueblo la ha traído, pero no la ha bautizado todavía...—, la defendemos hoy.

Primero, porque somos ciudadanos conscientes y queremos República antes que monarquía.

Y segundo, porque, como socialistas, tenemos que aprovechar estos momentos—como los aprovechamos todos—para seguir trabajando por el engrandecimiento de nuestra obra, que es la de la Humanidad. Nosotros tenemos que difundir nuestras ideas en todas partes, en el libro, en el periódico y en la tribuna. Más que en esta forma, o, mejor dicho, más que en el sentido de «las palabras», en la esencia de «los hechos». Tenemos que ser socialistas en el taller, en el hogar y en la calle. Es la mejor propaganda que se puede hacer.

Nosotros, si en las elecciones que se avecinan hay conjunción republicano-socialista, trabajaremos por la victoria, porque, haciéndolo así, es ayudado a consolidar la República—aunque siempre se deje entrever en nuestras palabras y escritos el mañana a que nosotros aspiramos—.

Y si no hay conjunción, trabajaremos con más ahínco por la consecución del ideal soñado. Nuestra victoria sería la del obrero.

Nuestra posición está clara: con la República, en contra de una restauración borbónica; y con el obrero, en contra de la República, sea como sea y se llame como se llame, si no es socialista.

M. MANRIQUE

Linares.

Los errores modernos, según el nuevo Ripalda

Helos aquí, camaradas:

- 1.º Materialismo.
- 2.º Darwinismo.
- 3.º Ateísmo.
- 4.º Panteísmo.
- 5.º Deísmo.
- 6.º Racionalismo.
- 7.º Protestantismo.
- 8.º Socialismo.
- 9.º Liberalismo.
- 10.º Modernismo.
- 11.º La Masonería.

Véase el talento macho de los frailes que se dedican a la enseñanza en España, leyendo el siguiente capítulo, que copiamos del catecismo citado:

«Sobre la elección de diputados.

P. ¿Están todos los católicos obligados a votar?

R. Sí, señor; pues así lo pide el bien de la patria Y LA DEFENSA DE LA IGLESIA.

NUESTRO DEBER

Tenemos los socialistas un deber que cumplir, el deber de repetir a todos los obreros la frase de Marx: «Proletarios de todos los países, uníos!»

Nosotros, reduciéndonos primeramente a España, debemos esforzarnos en inculcar en las masas obreras campesinas, que son las más atrasadas, la perfecta organización de la clase, para que, íntimamente unidos, tengan la fuerza capaz de derribar este actual sistema de privilegios, base de todas las injusticias.

Es necesario hacer socialista la enorme masa campesina, y esto hay que hacerlo a base de cultura y a base de una propaganda intensa y bien encauzada. Una propaganda que dé frutos inmediatos. Y para esto ha de ser una propaganda clara, sencilla, exponiendo las teorías socialistas en frases al alcance de su comprensión, evitando que su falta de preparación cultural haga inútil el trabajo de propaganda. Esto es, todo hombre o grupo de hombres que tenga a su cargo, tanto la dirección de núcleos como la reclutación de adeptos, tiene el deber de poner claridad en sus pensamientos y expresarlos con la misma claridad a los individuos con quienes se ponga en contacto.

Hay que despertar los espíritus y fomentar las ideas. Hay que ser justo en los pensamientos, porque a los pensamientos justos siguen los actos justos, y de éstos nace el sistema de justicia, que es el nuestro.

En los presentes momentos tenemos a España preparada como nunca para una productiva propaganda socialista. Hoy tenemos un ambiente democrático, propicio a desarrollar sin trabas de ningún género nuestro trabajo; pero sepamos siempre que éste es muy intenso y largo. Hemos de no dormirmos en los laureles recién conquistados, porque lo nuestro aún no ha llegado, no ha llegado nuestra revolución; solamente se ha hecho la política, pero la nuestra, la social, aún está por hacer, y ésta hemos de hacerla nosotros, no podemos contar con ayudas ajenas; y no podemos contar con ellas porque las únicas fuerzas de izquierdas capacitadas en España, aparte de nosotros, son las republi-

canas, y éstas ya han hecho su revolución.

Nosotros hemos de hacer la nuestra completamente solos, atacando, cuando llegue el momento, a los republicanos, porque su república es una república burguesa; dentro de ella existen muchos privilegios que nosotros de ninguna forma admitimos.

Hay que hacer nuestra revolución completamente solos ya que nosotros quedamos como única fuerza de izquierdas, y por ello es necesario intensificar nuestro trabajo y evolucionar lo más rápidamente posible hasta el advenimiento del Estado socialista.

Hay que hacer a España y al mundo socialistas al grito de «Proletarios de todos los países, uníos!» y a base de una propaganda amplia y eficaz, poniendo para ello claridad en nuestros pensamientos y expresándonos con esa misma claridad a aquellos con quienes estemos en contacto.

Ernesto RUIZ GALAN,

de la Juventud Socialista de Espiel.

RENOVACION sale los días 10, 20 y 30 de cada mes.

En el mes de junio, entre la fecha normal de publicación de dos números se sitúa un acontecimiento importante: las elecciones a Constituyentes.

RENOVACION puede ser, si se vende en todas partes la víspera de las elecciones, un excelente instrumento de propaganda electoral. Pero el número del 20 de junio no puede surtir este efecto: es preciso que un periódico de propaganda electoral recoja las últimas impresiones de la campaña.

La Dirección ha decidido aplazar unos días la publicación del número correspondiente al 20 de junio. Saldrá a tiempo oportuno para que llegue a todas las provincias el viernes día 26.

Es posible que las Secciones necesiten de este número electoral cantidades mayores que las acostumbradas. Que hagan los pedidos excepcionales lo más tarde el sábado 20 de junio.



LIBROS Y REVISTAS

El plan quinquenal de los Soviets. G. Grinko. Editorial Cenit. 7 pesetas.

La concepción de esta nueva economía social halla clara y acertada expresión en la obra de este ingeniero ruso, que, complicada y un tanto árida en su fondo, encierra indudables enseñanzas para comprender el sentido de la nueva evolución de Rusia. En cinco años se intenta realizar un programa mínimo a base de una intensificación general en la producción. La creación de 60.000 tractores anuales; la «fabricación» de ingenieros mediante selección de los muchachos más capaces e inteligentes, que, con todos los gastos costeados, son enviados a escuelas especiales, donde reciben una educación intensiva en el término de dos años; la explotación de las grandes minas, de las enormes industrias: ése es el plan quinquenal en una visión bosquejada y en conjunto. Más que analizarlo a fondo, nos basta reseñar su existencia y comprobar sus posibilidades. Conocidos de todos son el resquebrajamiento social del sistema capitalista mundial y los progresos de la economía de tipo social. Por primera vez en la historia del mundo, un inmenso país que encierra enormes riquezas naturales, y un pueblo libre de 150 millones de hombres, al situarse en un terreno de sana aproximación a los programas de economía socialista, presenta al mundo un plan detallado de edificación social. Por ello decía, con acertada visión, un editorial de la «Pravda»: «El plan de los cinco años es una parte esencial de la ofensiva del proletariado internacional contra el capitalismo; es, en el fondo, el plan que pondrá fin a la estabilización capitalista; el gran plan de la revolución mundial.»

Ahora bien: el plan quinquenal tiene, por encima de su aspecto económico, otro eminentemente psicológico. En Rusia, los elementos directores han necesitado dar al pueblo una inyección anestésica de terror que le

inmovilizase por unos años, en los que poder desarrollar su labor. Lo consiguieron. Pero cuando la conciencia del pueblo volvió a su curso normal, hubieron de tropezar con la misma hosca, cerrada y sañuda oposición. Carecían de una masa encauzada y dispuesta. Al verse en esa necesidad, creadores en su conciencia poderosa, los seguidores de Lenin han pretendido, y eso es lo que están haciendo, por encima de la industrialización, crear una masa proletaria desde la escuela hasta la fábrica, o hasta los «sovkofs» o terrenos socializados, en que apliquen sus esfuerzos. ¿Lograrán los creadores de máquinas, los forjadores de ingenieros y tractores crear también los miles, millones de conciencias orientadas a su imagen que necesitan para consolidar la obra de la revolución? Ese es el mayor interrogante que se abre hoy ante el mundo. Si logrará hacerlo Stalin, sería mucho más que Lenin, el cerebro cumbre, el pensador de hierro. Mientras éste habrá fraguado la revolución que habrá de irse produciendo en progresión en el mundo, aquí habrá creado lo único que les ha faltado a todas las revoluciones para congraciarse a un pueblo.

¿Comprenderá la magnitud que esto encierra? Representa la posibilidad de forjar en un futuro una Humanidad siguiendo una tendencia determinada. Representa el forjar al hombre en una proporción centuplicada, exactamente igual que sale el producto de la máquina repetido cien, mil, un millón de veces. El hombre, industrializado, estandarizado. ¿No es verdad que más que concepción de los cerebros soviéticos parece el sueño de un archimillonario estadounidense? Esperemos que el tiempo nos resuelva esta incógnita. Nosotros no podemos hacer aquí más que señalar los problemas. Los años o los hechos vendrán a despejarlos más o menos pronto. Pero tengamos presente que ésta que acabo de plantearnos es la clave de la que habrá de depender la futura gran etapa revolucionaria del mundo.

TRABAJO O PAN! CATOLICISMO

El Gobierno provisional de la República española se debe al pueblo, y debe trabajar por y para el pueblo, porque por éste y por su soberana voluntad—única soberanía—ha sido creado.

Uno de los problemas de más palpitante interés es el de la gran crisis de trabajo por que atraviesa España, especialmente Andalucía. Aunque el Gobierno provisional ya ha abordado este problema, no ha tomado las energéticas medidas que requiere para evitar el hambre, que, según el refrán popular, es mala consejera.

Es incomprensible e injusto que allí en donde hay miles y miles de hectáreas de terreno dedicadas a la cría de reses bravas, fincas de recreo y cotos de caza, el obrero del agro no tenga dónde emplear la fuerza productora de sus brazos y canjearla por un pedazo de pan.

¿Por qué esos terrenos no se cultivan? Se emplearía en ellos a muchos de los obreros que están actualmente en paro forzoso; se cooperaría a la prosperidad de la riqueza nacional, y se acabaría con ese vergonzoso mercado de brazos, en el que el capitalista, valiéndose del hambre que el obrero padece, le explota aún más inicuaamente.

El Gobierno debe obligar a cultivar estos terrenos, y si los capitalistas dueños de ellos se oponen y quieren conservarlos para su recreo particular y mantenerlos infecundos, sin producir absolutamente nada, debe exigirles fuertes contribuciones, que se destinarán a conjurar la crisis y dar de comer a muchas familias españolas que hoy no comen.

Para consolidar la República hay que evitar el hambre, porque, según decía anteriormente, es la peor consejera del ser humano.

Si un obrero fuerte, apto para el trabajo, lo busca incansablemente, hasta lo suplica como quien pide una limosna—que ésta es la situación a que nos ha arrastrado el egoísmo del régimen capitalista—, y se le niega, este hombre será capaz de todo.

Porque por encima de todos los altos sentimientos está el instinto de conservación, que embrutece al hombre más sensato.

Y de esta forma, por obra del hambre, el que antes era un obrero honrado, un hombre intachable y ejemplar, será una víctima más de la injusticia social.

¡Trabajo o pan!
Luego, ya veremos.

A. V.

Angel VALAYN



¿Es perjudicial hablar ahora de reivindicaciones?

En estos momentos de intensa agitación política, en los que todos los partidos izquierdistas se aprestan a defender la República de las acometidas de la reacción, se nos plantea a nosotros, socialistas, y, por lo tanto, obreristas, un problema de gran trascendencia: el de nuestras reivindicaciones de clase.

La mayoría de los trabajadores, deseosos de servir a la República con todo entusiasmo, se plantean a diario el problema de si es o no perjudicial luchar ahora por las reivindicaciones de la clase explotada. Y las opiniones no pueden ser más contradictorias. De un lado, tenemos a compañeros que, en su deseo de no crear el más mínimo obstáculo a la marcha triunfal del nuevo Estado español, aconsejan que en los actuales momentos no se trate absolutamente nada de reclamaciones proletarias.

De otro lado, tenemos otros compañeros que, afanosos de libertar a la clase trabajadora de las garras de la plutocracia y el capitalismo, creen que luchando por ello no se creará ningún perjuicio a la naciente República.

Ante tan dispares opiniones es difícil decidirse. Si, siguiendo el ejemplo de los compañeros primeramente citados, no nos preocupamos de las cuestiones sindicales porque creemos que ello significaría un constante peligro para la conservación del nuevo Estado, daríamos la terrible y absurda sensación de que la clase trabajadora detenia su marcha inmediatamente después de conseguir el triunfo de la República. Y eso no puede ser. Nosotros, los socialistas, los que aspiramos a realizar la gran revolución social, no podemos pararnos nunca hasta conseguir la implantación de nuestros ideales.

Es necesario, pues, luchar por el mejoramiento de la clase trabajadora. Perc en estos momentos conviene obrar con mucha prudencia. No hay que olvidar, ni por un solo instante, que hay elementos interesados en que fracase el nuevo régimen, y para ello se valen de todos los medios, actuando directamente sobre la clase trabajadora, a la que alucinan con sus teorías anarquizantes, intentando que se rebelle contra los poderes constituidos en nombre y representación del pueblo.

Se puede y se debe laborar por el bien de los trabajadores. Pero para conseguir nuestros deseos es necesario que las funciones políticas y sociales de nuestro país se desenvuelvan con un régimen de libertad. Y esa libertad, ¿la tenemos con la fenechida monarquía? No; con la monarquía despótica del fatídico Borbón no tuvimos nunca nada más que plomo de las balas y acero de los sables, que, manejados por manos asesinas al servicio de un poder ominoso, cometían crímenes horrendos y denigrantes con el pueblo indefenso.

Es preciso desenvolverse con libertad. Y como esa libertad la tenemos con la República, hay que defender la República, porque al hacerlo así defendemos al mismo tiempo a los trabajadores. Porque no sólo se defiende al proletariado declarando huelgas inútiles cuando se pueden solucionar pacíficamente los conflictos; ni es preciso provocar desórdenes, con los que no se consigue más que el desprestigio de la joven República.

¿Cómo no vamos a hablar de reivindicaciones proletarias, si nuestros compañeros, desde los ministerios, las están concediendo, anticipándose a las peticiones obreras, porque sobradamente conocen la situación del trabajador español! Pero no hay que confundir la lucha de clases con otras de muy distinta intención y origen. La lucha de clases no ha terminado; no puede terminar mientras no triunfe el Socialismo. Luchemos, pues, por el mejoramiento de la clase trabajadora; pero sin olvidar ni un solo momento que la República, este régimen de libertad conquistado por el pueblo merced a su propio esfuerzo, no puede morir ni verse amenazada por unos cuantos desaprensivos, alborotadores de profesión, sobradamente conocidos de todos.

I. RODRIGUEZ MENDIETA

¡Mujeres, pensad!

La mujer es elegible en virtud de un decreto de la República. Lo que no tiene la mujer es el derecho al voto.

Con esto, el Gobierno provisional ha querido asegurar dos cosas: Una, el que una minoría selecta de mujeres que tienen la suficiente capacidad intelectual para llegar al Parlamento vayan a él a cooperar en la labor de gobierno que se intenta realizar. Otra, que la mayoría, aún no preparada, aún dominada por los prejuicios del clericalismo, no lance en las urnas el peso, que acaso pudiera ser en algunos puntos decisivo, de su voto, orientando torcidamente a la República o favoreciendo una reacción.

La actitud del Gobierno en este punto es cauta y reflexiva, aunque a algunas mujeres ello parezca un poco injusto. Son muy graves los problemas que han de tratarse en la Asamblea constituyente para que en ellos la actuación de la mujer, recientemente incorporada con toda dignidad a la vida pública, sea otra cosa, que cooperación de valor intelectual, pero no fuerza numérica de voto. Las Cortes constituyentes acordarán acaso el sufragio universal. En este caso, la mujer se verá incluida en él, y serán éstos los momentos que tendremos que aprovechar para orientar a la mujer para el ejercicio de sus derechos. Los acontecimientos se precipitan y suceden con vertiginosa rapidez.

Unos y otros surgen casi impensadamente, arrollándose con su empuje.

Y así como hemos visto que un pueblo donde sólo crepitaba el antinastismo es hoy el más firme sostén de la idea republicana por el influjo educador y progresivo del Socialismo, que como una atmósfera rodea e influye en la mente del pueblo trabajador, nos encontraremos maña-

na con que una etapa de marcha forzada de educación y preparación femenina incorporará a la República el núcleo de la mujer, entusiasta y abnegada, que sepa que en ella existen dos fuerzas supremas de las que la República, subsanando los errores de la monarquía, ha reconocido ya una, y espera tan sólo unos meses para reconocer otra.

Una es la inteligencia y la cultura, estén donde estén, en hombre o mujer, vasallaje rendido al conceder a la mujer el derecho a poder optar a los mismos puestos y representaciones que el hombre. Otra, la fuerza del número, la masa femenina, la disciplinada, la que aún nos falta por conquistar y por interesar en los problemas nuestros, la masa que debe sentir como trabajadora, y como trabajadora actuar.

Cuando a la mujer no sólo no la aterrorice el pensar, sino que sienta que para ella es una necesidad el «pensar», tendrá el deseo imperioso de buscarse temas nuevos sobre los que desarrollar su inteligencia y su actividad, sentirá la afición de discutir y reformar, y la mujer será entonces eminentemente revolucionaria, pero no para destruir, sino para construir y elevar nuevos conceptos que sustituyan a los ya juzgados como caducos y falsos.

Dichosa era aquella en que todas las mujeres, o a lo menos la mayoría, ejerciten su derecho a pensar. ¡Qué importa que les conquistemos ese derecho si habrá de volver al olvido por la inacción a que lo relegan!

Pobres mujercitas, pobres mujeres españolas, que parecen haber seguido fielmente la máxima de aquel rector de la Universidad de Cervera, que, cuando el reinado de Fernando VII, obedeciendo los dictados de éste de clausurar las Universidades, cerró las aulas, lo hacía diciendo con absoluta, pero estúpida sinceridad: «Lejos de nosotros la funesta manía de pensar.»

HILDEGAR

RENOVACION

ÓRGANO DE LA FEDERACIÓN DE JUVENTDES SOCIALISTAS DE ESPAÑA



El Socorro Obrero Español

Cuando nuestras organizaciones sindicales aplicaron a sus reglamentos las secciones de subsidios, la estúpidez anarquista decía que así se castaba el espíritu revolucionario de los trabajadores. Que habla que luchar a palo seco. Pero cuando ellos sufrían quebrantos en la lucha abrían listas de limosnas para entretener el espíritu revolucionario de sus militantes. Ahora, los comunistas, nuevos anfibios en la lucha de clases, recogen de cada lado lo que pueden para su nuevo sistema de propaganda. Así, para crear una Sociedad de socorros mutuos, la titulan: Socorro Obrero Español, pero sin médico ni botica. Buenc, es para troncharse de risa. Una organización de revolucionarios rojos constituyendo una Sociedad mutua para toda España. Es como si dijéramos la racionalización de los subsidios.

Nos imaginamos a los nuevos comunistas sumando enormes columnas de cifras, mientras otro camarada encuaderna los recibos de pagos... Ganas de hablar del aparato burocrático, freno contrarrevolucionario de la marcha revolucionaria de las masas proletarias...

El Sr. Pestaña ha dado una conferencia en el Ateneo barcelonés en un plan de franco burguesamiento. Y es que el sindicalismo se muere de envidia. Por llegar a lo que ambicionan, venden sus principios por un plato de lentejas.

Los comunistas querían presentar una querrela contra el Sr. Maura, por haber dicho éste que eran los aliados de la reacción. Pero no ha podido ser... porque no han encontrado procurador. Vaya revolucionarios de cartón, que luchan con armas de papel y se dejan vencer porque les falta una póliza de las de una veinte.

TRABAJADORES: Desconfiad de los que ahora se llaman republicanos y antes eran monárquicos y siempre han sido caciques.

Contra ellos hay que luchar despiadadamente, no mirando la etiqueta política que tengan si su conducta no se ajusta al sentido de democracia que debe residir en todo republicano de verdad.

La vuelta de la monarquía

Para los siete monárquicos y medio que quedan en España, los sucesos del día 10 de mayo deben ser un acto de suma elocuencia, que les sacará de su letargo y dejarán de soñar con una nueva monarquía, en espera de que a su sombra podrían dedicarse, como antaño, a sus lucrativos y escandalosos negocios.

Que la masa trabajadora es republicana y anticlerical lo demostró el día arriba indicado, queriendo linchar a los que provocaron su ira dando vivas al rey y a la monarquía, vivas lanzados por los monaguillos que pertenecen a los periódicos fraileros «A B C» y «El Debate», servidores constantes de la reacción.

Soñaba esta camarilla con la vuelta del perjurio. Ya ven cómo las gasta la clase trabajadora cuando provocan su ira. Procurad no despertar su dormido odio hablando de la vuelta del perjurio. No soñéis, monárquicos, con la vuelta del ladrón. No temáis su vuelta, republicanos del 14 de abril, que sólo esperáis para ser monárquicos una nueva restauración, que no llegará.

No volverá el rey chulo y bailarín a España; pero si abriga esa esperanza, que tenga en cuenta que la retirada no la encontrará tan expedita como la tarde del histórico día 14.

Que no sueñen los famosos «patriotas» con una nueva monarquía, pues la clase trabajadora, organizada bajo las banderas de la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista, será la base más firme para el sostenimiento de la República y su encauzamiento hacia el Socialismo.

Que no abriguen esa esperanza ni los monagos ni el Borbón, pues los que el día 12 de abril trajeron a España la República con su papeleta electoral, no duden que, llegado el caso, sabrán defenderla con su vida.

Pero no estarán solos, como no estaban solos el día 12. Con ellos están y estarán siempre los que no votamos, los cobijados y defensores de la roja bandera de la Juventud Socialista, que daremos gustosos nuestra vida por defender la República y el Socialismo.

José VEGA

Boo.

Los nuevos métodos del capitalismo

Todos los grandes negocios establecidos por la dictadura absoluta del rey feudal han tomado un nuevo giro en su lucha contra los trabajadores.

En su época se valieron del dominio capitalista, garantizado por la fuerza armada, para destrozar las organizaciones sindicales, ya por medio de coacciones vergonzosas impuestas a los obreros valiéndose de su miseria, o formulando Comités de arbitraje a gusto y forma de su avaricia. Hoy que la política burguesa del Gobierno republicano ha destruido estos sistemas para dar curso a nuevas formas democráticas, la dirección de las Empresas capitalistas ha comenzado su ataque contra la organización obrera fomentando la constitución de Sindicatos neutros y apolíticos para mantener dividida a la clase organizada. Estos nuevos métodos de ataque, que, secundados por los altos burócratas, determinan una intolerable coacción, son aprovechados por los anarcosindicalistas, sin examinar que con su conducta perjudican inconscientemente al proletariado español o realizan un infamante papel de sicarios al servicio del capitalismo internacional.

Ante este proceder, que evidencia la nefasta actuación de las organizaciones sindicales, dispuestas a descender a cualquier misión con tal de acrecentar sus filas, a costa de cualquier precio las Juventudes Socialistas están en la obligación de rechazar tales artimañas, en evitación de consecuencias perjudiciales para la marcha revolucionaria del proletariado.

Ante esta acometida de la clase patronal, a la que gustosamente se prestan los elementos facciosos de la Confederación, cabe agudizar la campaña para acabar de hundir la tortuosa actuación de esta Central sindical, en la que están profundamente grabadas las responsabilidades contraídas en su constante defecación a la clase trabajadora.

Hay que cerrar los cuadros a la táctica patronalsindicalista, declarando guerra a muerte a las organizaciones creadas por el capitalismo. Hoy por hoy no hay más que una organización sindical, y es la Unión General de Trabajadores. Toda otra organización fundada solapadamente por la alta burocracia del capitalismo presupone la intención de enmarcar en nuevos moldes los restos del sindicalismo libre.

Carlos HERNANDEZ

Dos reproches para que no haya confusiones

El Sr. Alcalá-Zamora no puede olvidar ni un momento su condición de burgués ni su historia de político conservador.

Al día siguiente de haberse incendiado en Madrid algunos conventos, en el discurso por radio tuvo unos elogios para la guardia civil, que como si fuera pesadilla no hemos podido olvidar todavía.

«No hago este elogio—dijo el Sr. Alcalá-Zamora—con afán de halago, sino de justicia...» «... La guardia civil tiene en su haber y en su gloria el haber sido siempre constitucional.»

Senillamente, esta afirmación no nos satisface. Porque la guardia civil, y vamos a contestar con dos palabras, ni fué constitucional defendiendo el ardor de su vida las arbitrariedades de las dictaduras, ni tuvo gloria jamás. La guardia civil ha sido el instrumento brutal que, insensible a los dolores del pueblo, lo ha ametrallado, obedeciendo a un poder despótico e ilegítimo, cuando ha pedido pan y libertad.

Nosotros, como obreros y como socialistas, no podemos olvidar, ni con mucho esfuerzo, la historia sangrienta y deshonrosa que la guardia civil —¿no estaría mejor incivil?— ha escrito en sus anales. De paso, permitámonos que abogemos por su completa disolución.

El Sr. Alcalá-Zamora puede pensar como quiera. Pero advirtámosle noblemente que la opinión le abandona en este caso, como le abandona también en los elogios que públicamente y sin el menor recato ha tributado al insigne cacique, archimonárquico reciente aún, Sr. Chapaprieta.

Si los políticos como éste, causantes de que el país llegara a la ruina y a desprestigio, han de ser amparados ahora no para que sirvan a la República, sino para que se sirvan de ella, como ya se ha dicho, el pueblo estará en contra. La República cruza un período difícil, y toda labor debe tender a consolidarla. Para este fin, nosotros decimos: Los amigos de la monarquía, aunque hoy se lo llamen de la República, son sus enemigos, por razones harto sabidas. ¿Qué debe hacerse, pues? En primer lugar, impedirles en lo posible y a toda costa su intervención en la política. Además, cerrarles las puertas de todos los partidos republicanos. Esto es más interesante de lo que a simple vista parece. Y, sobre todo, práctico. A nuestro juicio, no se pueden hablar ciertas cosas con la soltura y satisfacción con que lo ha hecho el presidente del Gobierno provisional, y mucho menos cuando por la unión que existe entre las diferentes tendencias republicanas y los socialistas debe hablarse con la mayor discreción. Porque hoy, como ayer, los campos republicano y socialista están bien deslindados. Si algo ha caracterizado la propaganda realizada conjuntamente por republicanos y socialistas ha sido precisamente el interés puesto por nosotros en todos los actos públicos, sin excepción, para proclamar que esta unión no la hacía nuestro Partido olvidando su significación de clase y su ideología marxista, sino teniendo presente, con una visión clara y certera del porvenir, la necesidad que había de barrer la monarquía que, como una enorme piedra, se alzaba en el camino para impedirnos avanzar. Pero esto no aleja de nosotros el temor de que gran parte de la opinión nos confunda, por nuestra participación en el Gobierno provisional con los republicanos, llegando a creer que cuanto se hace ahora desde él es dar cumplida satisfacción a nuestras totales aspiraciones. Este es el principal motivo, e interesante además, en el que se funda la gran impaciencia que tenemos por llegar a constituir las próximas Cortes.

Consideramos necesario decirlo a todos los jóvenes y prevenirlos contra posibles manejos. Estar en el Gobierno y de una manera provisional no es tener el Poder. Queremos separarnos de los republicanos. Y queremos separarnos porque sería contraproducente convivir con ellos más tiempo que el que hay de aquí a las Cortes. Cada uno debemos ocupar nuestro verdadero lugar. Para que no pueda haber confusiones.

Ovidio SALCEDO

Dice el Sr. Maura que lo que pasa en la derecha liberal republicana no interesa más que a los afiliados al partido. Y tiene razón.

Pero cuando uno de los partidos coligados introduce fraudulentamente en las filas de la conjunción a elementos dudosos, los demás partidos aliados tienen derecho a decir que no pueden tolerarlo.

Bastante se nos ha hablado del interés de la conjunción por encima del interés del partido... Esto vale para todos.

En el Ateneo

Ovejero, el Arte y la República

Nuestro camarada Ovejero ha dado en el Ateneo una conferencia que resultó una verdadera lección para todos los defensores de las «minorías selectas». Con toda la pasión de que él es capaz, poniendo por encima de todo su título de socialista, audiendo constantemente a la Unión General de Trabajadores y a sus masas, supo probar con párrafos vibrantes la emoción artística que late en el alma de la clase obrera.

La tesis de su conferencia, a grandes rasgos, fué ésta: Partiendo de la base de que el Arte es un fenómeno social, llegar a la conclusión de que la República debe repercutir en el movimiento artístico nacional. Y para ello presentó el ejemplo de la revolución rusa y de la revolución francesa, acudiendo a su archivo de inagotable amenidad.

Ovejero se ha dado cuenta de toda la podredumbre del arte oficial, que ha sido protegido hasta hace poco por la aristocracia y por la monarquía, y quisiera que este movimiento político se tradujera, como en Rusia, en nuevas tendencias estéticas que aumentarían el margen de nuestros placeres espirituales en la pintura, en la escultura o en el cine.

Efectivamente, con todas nuestras fuerzas aplaudimos el deseo del compañero Ovejero. Como proletarios y como miembros de la nueva generación, queremos renovar nuestra tónica sensorial y anhelamos nuevas interpretaciones de la vida y de nuestras inquietudes morales, intelectuales o sexuales.

El Arte no es una representación artificial de la realidad. Es ante todo una exteriorización de sentimientos y de ideas propias de un determinado momento histórico, y no de otro, y emanado de la conciencia. Ahora bien, en España no está teniendo efecto sólo un cambio de régimen, pese a quien pese; está teniendo efecto una formidable revolución en las conciencias—formidable si se tiene en cuenta lo que era España hace cuarenta años—, y esto fatalmente tiene que producir la muerte de ese «arte oficial» al que antes aludíamos, para dar fuerza a esos artistas nuevos que ya apuntan, y que salen, en su mayoría, del proletariado, que es en donde están la energía creadora y la vida—de algún artista ya conocido y admirado sabemos nosotros que celebra exposiciones, mientras trabaja de tipógrafo en un ilustre diario de la mañana—.

La República tiene que proteger el Arte, difundiéndole y fomentando las tendencias nuevas.

El Socialismo, en su día, dentro de muy poco seguramente, ya le prestará un grande y definitivo servicio. Primeramente, dándole una nueva fuerza creadora, ya que, en última instancia, el Socialismo no es sino un modo especial y nuevo de comprender la vida; después, abriéndole muchas puertas, ya que, al aumentar la capacidad económica y adquisitiva de los hombres, aumentará implícitamente el comercio de las obras de arte y, por consiguiente, su contemplación y su goce.

La clase obrera ya está capacitada para gozarle, puesto que se la ve llenar nuestros museos y nuestros monumentos en cuanto tiene tiempo para ello.

Ovejero lo probó hace unos días brillantemente en el Ateneo, al encomendar a aquel centro una nueva misión divulgadora. Por eso escuchó muchos aplausos el popular profesor de la Universidad de Madrid.



ESTUDIOS SOCIALISTAS PARA SER SOCIALISTA (Continuación.)

Cada día vemos cómo se aprietan estos vínculos de mutua dependencia entre las múltiples especies de medios de trabajo y los trabajadores. Antes, la economía los abandonaba a su libre acción, a su autonomía iniciativa; hoy, esa misma economía los une, de buen o mal grado, en las combinaciones y disciplinas colectivas; bien pronto las mismas necesidades de la vida del mundo obligarán a someterse a las direcciones de conjunto, no solamente nacionales, sino universales, las fabricaciones y los cultivos, la distribución de primeras materias y el reparto de productos. Será preciso llegar a esto para evitar la escasez de productos y la insuficiencia de la mano de obra, para asegurar el equilibrio entre la producción global del mundo y el aumento continuo de población y de las consiguientes necesidades. El mismo capitalismo, sintiendo la presión de esta necesidad, debiera haberse orientado veinte años antes de haber establecido la guerra hacia la organización centralizada de la industria. Pero ¿quién ha de regular las funciones esenciales de este cuerpo único, del que dependerá también la vida del mundo? ¿Quién dirigirá los movimientos y recogerá el fruto de la actividad universal? ¿Algunos privilegiados? No, por cierto, sino la colectividad, y por eso las formas colectivas de la producción moderna vienen a añadir una mayor justificación, una necesidad más grande, a las formas colectivas de la propiedad.

El bien de los hombres pertenece a todos. Ahora vais a conocer las réplicas interesadas o escépticas. Se nos dice en tono burlesco: «Para justificar el Socialismo invocáis las leyes económicas, las necesidades de la producción. Admirable paradoja! Sabéis perfectamente que los hombres no tienen por naturaleza el deseo de trabajar. ¿Por qué trabajan? Por ganar dinero, para ahorrar, para transmitir a sus hijos el producto de sus ahorros. Si deprimis estos dos estimulantes de la pereza humana, el deseo de la ganancia y la herencia, habréis conducido al animal humano a su atávica apatía. No trabajará sin para satisfacer sus más elementales necesidades, y si lo hace de otra forma será porque se le obligue a ello, no por su voluntad.

Vuestra ciudad socialista tendrá uno de estos dos caracteres: o estado de la producción indefinidamente rarificada, o estado de trabajos forzados y de chusma. Elegid...»

Es preciso que yo suponga estas palabras. Tal vez vosotros mismos las habréis pronunciado, o por lo menos habrán llegado a vuestros oídos. Es igualmente necesario que yo las conteste, aunque sea en la forma como deben recogerse la eterna majadería, la eterna rutina, la eterna incredulidad. ¿Qué fundamento tiene la afirmación de que un hombre o una mujer sin hijos son menos activos, menos laboriosos, menos aptos para ganar jornales, que un padre de familia? Que cada cual mire a su alrededor y compruebe esta afirmación. Yo he visto con frecuencia que las obligaciones familiares obligaban a un hombre a trabajar con exceso, de forma agotadora, y que su trabajo era remunerado mezquinamente; pero jamás he visto que por el hecho de carecer de hijos un obrero dejara de realizar un esfuerzo útil o un trabajador se convirtiera en un vago. La verdad es, sencillamente, que por un secreto instinto de moralidad, nos avergonzamos menos de inculcar en nuestros hijos el apetito de lucro que sentimos, que en exteriorizarlo nosotros. Y ocurre que los burgueses «se retiran de los negocios», como ellos dicen, prematuramente porque la fortuna adquirida, no muy grande para sostener numerosos hijos, es suficiente para mantenerlos sin ellos.

León BLUM

(Continuará.)

GRÁFICA SOCIALISTA.—San Bernardo, 92.



LEED "EL SOCIALISTA" TODOS LOS DIAS